

CAPITÁN AMÉRICA de Mencía

Sobre el suelo de linóleo de un porche de Oklahoma, jugaba el pequeño Tom con sus legos. Las combinaciones eran infinitas: barcos de la armada, naves espaciales, tanques de guerra...

La figura de acción de Capitán América observaba atenta e inmóvil la escena desde la esquina.

La primavera había llegado al sur del país y una agradable brisa mecía al pequeño Tom. Aunque él, concentrado en la construcción de un submarino, ni siquiera la percibió. Sólo el sonido de una voz conocida fue capaz de traerle de vuelta a la realidad. Salió entonces una mujer joven, rubia y con los labios pintados de rojo. Su melodiosa voz anunciaba que un sándwich de mermelada y crema de cacahuete esperaba al pequeño Tom en la cocina. Acto seguido, unas rollizas manitas sostuvieron a Capitán América en el aire. El superhéroe sobrevoló el pasillo dando piruetas y aterrizó elegantemente sobre la encimera de granito.

Un rastro de mermelada asomaba por el labio superior del niño cuando algo llamó su atención: la puerta del despacho de papá estaba abierta.

Sin pensárselo dos veces, agarró al capitán y se adentró en la penumbra de una sala cuya puerta acostumbraba a permanecer cerrada.

Tom pensó que era una habitación muy bonita. Una gran vitrina resguardaba brillantes placas y medallas. Entonces recordó que Capitán América le había dicho una vez, que su papá era un hombre muy importante que había hecho cosas buenas por su país.

Una bandera de estrellas y rayas coronaba la estancia. Tom se sentó con dificultad en la silla de su padre, que estaba muy alta. A continuación, tomó su pipa y simuló que atendía el teléfono, como tantas veces le había visto hacer.

Cuando se cansó, se deslizó por la silla y notó que se golpeaba con algo. Un cajón entreabierto sobresalía del escritorio. Con curiosidad, el pequeño Tom introdujo su manita y palpó algo rígido y compacto. Lo sacó lentamente y observó que se hallaba dentro de una funda de terciopelo rojo. Con sumo cuidado, desenfundó este artefacto que tantas veces había visto en las películas de vaqueros. Se sorprendió de lo mucho que pesaba y dedujo que a su papá, como a él, también le gustaba jugar a pistoleros de vez en cuando. El objeto tenía una pequeña palanca en la que Tom colocó su dedito. Guiñando un ojo, trató de mirar a través del orificio que había en el extremo.

De repente, el viejo reloj de pared dió las cinco. El estruendoso sonido sobresaltó al pequeño Tom que, sin darse cuenta, presionó el gatillo.

El reloj dejó de sonar acompañado del sordo sonido de la pistola.

Los legos con los que ya nadie jugaría, seguían esparcidos por el suelo de linóleo.

Y mientras tanto, desde la esquina, Capitán América observaba impasible, con la misma sonrisa de dientes blancos.

Nota de la autora:

Este relato trata de concienciar sobre el tremendo error del que pocos parecen darse cuenta. ¿Cómo es posible que haya más armas que estadounidenses en el país más desarrollado de América? No es normal que en 2017, un año que será recordado desde el dolor por sus desproporcionadas cifras, se lamentaran en Estados Unidos 39.773 muertes de personas por heridas de bala según datos de Wikipedia. De ellas, 535 fueron accidentales.

La violencia solo conlleva una dosis igual de la misma.

La solución NO son las armas.